

Los cascos de un burro tamborileaban con eco solitario en las calles del pueblo. Parecía ser el único habitante de bravura suficiente para salir y enfrentar el hielo de la noche, y las sombras de la luna. El usual nudo de viejos en el portal de la cantina se había desbandado. Sus cueros se ampollaron con triste facilidad. Ellos que podían hacer?

Se sabían vulnerables ante la fuerza que rondaba sus antros, casas o corazones. Enfrentarse no era opción, era un castigo. Pero el cantinero con una usual soltura proseguía con su trabajo. El lugar estaba vacío, sin borrachos, jugadores, o simples amigos en plan de jolgorio y su mirada contenía un desafío, a la vida, y a la mismísima Quirina que cargaba el burro.

No hay duda, tenía miedo, pero no del animal que rastreaba el pueblo. Con seguridad, sabía que el mundo no moriría si pasaba algo, los chismes seguirían, y la desgracia día a día visitaría un hogar tras otro. Sus manos temblaron mientras sus ojos saltaban a la puerta de su negocio. El sonido del animal llorando en la noche, lo llevaba lo más cercano al pánico que hubiera sentido. Quién andaba con ese bendito cuadrúpedo, asaltando la imaginación del gentío?

En su vida había tendido enfrente de sí una cruz, ni había rogado perdón por no confesarse en años. Cuales fueran las intenciones, el hijo de su madre que estuviera reventando esa broma macabra había hecho un profundo efecto. El psique de los tontos pobres, y el de los pobres tontos era una masa de corrupción espiritual. Todos querían tener el oído de Dios, pero ninguno quería ser apto de sacrificar para ganarse el privilegio.

En sus corazones despertaban fríos miedos, y violentos susurros, pero aun así intentaban encontrar el camino a la oración. Tal vez en ultimo minuto, los huesos del alma que asechaba los dejara en paz. El cantinero terminó de limpiar un vaso, puso su trapo al lado y se sentó en la vieja butaca junto a la caja. Cuando le tocara él quería ser el hombre que siempre sintió ser, si le tocaba, ni modo. Su vista corría como un ratón acorralado, esperando el punzante dolor de un momento final.

En la cantina un hombre, bien puesto esperaba el veredicto, pero otros recintos, y otros pensamientos abundaban en el camino. El animal rebuznaba de vez en cuando, una burla material a los pueblerinos que rezaban con renovado fervor. Los labios de muchos corrían como con ríos llenos de palabras que brotaban de su interior. Casi era imposible ignorar las murmuraciones que elevaban en el ambiente.

Como chillonas guacamayas silvestres, trataban de ahogar el sonido hueco de cascos en el cemento, de huesos secos, y de sus pechos con cada latido. Todos ellos se preguntaban que llegaba con el paso de los segundos. Sentían un soplo invernal calarles las carnes, y chocar con el calor de sus adentros.

Mientras los viejos tarros temblaban, alejados por desgracia de la cantina, su proveedora de mata recuerdos; en otro lugar mujeres alteradas se congregaban. Santurronas todas; y llenas de preguntas. Quién era el que se paseaba despertando miedo? Podría ser ese un verdadero tronar de huesos? Ellas habían ido a chismear, a tomar una bebida dulce y refrescante; pero ahora solo podían persignarse y dedicarse al rezo. Cayeron como muñecas en el suelo, y las oraciones las levantaron casi como un canto.

Un grito encarnizado erizo hasta al más ferviente de todos. Nadie abriría una puerta, ventana o miraría por un hoyito. El que hubiera perdido la batalla estaba solo desde el comienzo. El silencio que siguió fue ensordecedor, era más grosero por su facultad de intimidar al más bravucón. Las patas del burro lo pasearon con un afinado marchado, traía el recado del recoge animas. Soltaba su embates contra los cobardes, y darles justicia era una misión oscura y triste.

Esa noche no se oyeron mas gritos, y el burro que cargó con el alma del cantinero no taconeó más pasado el amanecer. Si alguno durmió fuera de casa, es por que el miedo lo orillo a pedir posada. Era imposible poner pie en las calles del pueblo por que de momento su pavor eran los huesos que sonaban en la noche, y el rebuznar de cierto animal perverso.

La luz del día les pareció infinita, y sus pesadillas parecieron simples sueños de mal gusto. Había pájaros en los árboles, ciervos en los montes, y la vida con sus trabajos por delante. Del hombre solitario que fue juzgado por su soberbia, el cantinero; dicen encontraron su cuerpo. Portaba labios morados del susto, un trapo en sus dedos, y una cruz en su pecho.